

059. Santas Perpetua y Felícitas

Pocas mujeres habrá que tanto honren el calendario cristiano como las mártires Perpetua y Felícitas, de la antigüedad cristiana en el norte de Africa, pero valoradas modernamente más que nunca. Y es que han tenido estas Santas la suerte de que conservemos las actas verdaderas de su martirio, bello a más no poder, sucedido el año 203 en la ciudad de Cartago.

Todos los detalles del martirio constan en la relación incomparable de un testigo presencial y en los diarios que llevaron durante la cárcel la misma Perpetua y el diácono Sáturo. Ambos relatos son una de las mayores joyas que conserva la Iglesia. Para nosotros, estas dos jóvenes mujeres, madres de familia, son un testimonio formidable de vida cristiana.

Perpetua es de familia patricia, noble, rica, de exquisita formación. Acaba de ser madre a sus veintidós años y el niño de pecho constituye el gozo de toda la familia, que es pagana. Felícitas es una liberta —o sea, esclava que alcanzó su independencia—, y que está a punto de dar a luz. Conforme al decreto del Emperador, se buscan cristianos y caen presos algunos catecúmenos de Cartago. Entre ellos, Perpetua y Felícitas, junto con otros compañeros varones, a los que se une espontáneamente Sáturo, el diácono que los ha preparado para el Bautismo.

Apresados, se les destina como cárcel una casa con custodia. Aquí rematan su formación y todos reciben el Bautismo. Empieza el proceso, lleno de dramatismo.

El padre de Perpetua, pagano, está destrozado.

- *Si eres cristiana, no importa. ¡Pero, cállatelo! ¡No lo digas, y sálvate de la muerte!*

- *Papá, ¿ves eso que está ahí? ¿Qué es?*

- *Pues, qué va a ser: un jarro.*

- *Y a ese jarro que adorna la casa, ¿le puedes dar otro nombre?*

- *No, porque es un jarro.*

- *Pues, lo mismo yo. Soy cristiana, y no puedo llamarme con otro nombre que el de cristiana.*

Sentenciados todos a ser echados a las fieras del anfiteatro, son llevados ahora a la cárcel pública, de la que escribe Perpetua:

- *Me horroricé, pues jamás había sentido tal oscuridad, y era insoportable por el hacinamiento de los presos. Pero mi mayor preocupación era el bebé.*

Le traen al niño después de varias gestiones para que le pudiera dar el pecho. La mamá dice que la prisión se le convirtió en un palacio. Aunque el papá se lo negó después para siempre, despedido por la constancia de la valiente mártir.

Felícitas teme que no va a ser echada a las fieras si no da antes a luz, pues la ley romana no permite la ejecución de una mujer embarazada. Todos ruegan por ella, y le llega el momento deseado, de ser mamá y de poder morir mártir, las dos cosas. Los dolores del alumbramiento le hacen gritar, y oye a uno de los guardianes:

- *Pues, si ahora sientes esos dolores, ¿qué harás cuando seas echada a las fieras?*

Felícitas le contesta con unas palabras que se han hecho célebres:

- *Ahora soy yo la que sufro, pero en la arena del circo será otro quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por Él.*

Nace una niña preciosa, que es entregada a una cristiana la cual le hará de madre por la madre mártir.

En la cárcel, tiene Perpetua una visión. Por una escalera sube hasta el cielo y contempla las delicias de un jardín incomparablemente bello. Pero, antes de llegar, tiene que luchar contra un gigante feroz, en quien reconoce al demonio. Todos adivinan con esta visión los combates que les esperan y se animan con la gloria que les reserva el Señor.

Con el cumpleaños del Emperador, llega también el día deseado.

La víspera al atardecer conceden a los condenados, fuera de la cárcel, la cena de gracia, que ellos convierten en el ágape cristiano.

Perpetua pide poder presentarse en el circo con elegancia, y así le recrimina al tribuno con dignidad e ironía, ante el mal trato recibido en días anteriores:

- *¿Por qué no miras un poco más por nosotros, para que aparezcamos bien lustrosos y elegantes en las luchas del aniversario del César?*

Trasladados de la cárcel al anfiteatro, la marcha se convierte en un triunfo. Perpetua camina llena de majestad, como verdadera matrona romana y matrona sobre todo de Cristo. Felicitas va jubilosa porque ha dado a luz una niña, de la que se ha hecho cargo una cristiana, y así puede morir mártir. Los demás, todos jubilosos en viaje hacia el Cielo, llenos los rostros de inefable alegría.

Ya en el circo, los varones son echados a las fieras, y las dos mujeres expuestas a la ferocidad de una vaca brava que las cornea y derriba en el suelo.

Perpetua, señora de pies a cabeza, al ver su vestido rasgado y en desorden sus cabellos, se yergue, se cubre la carne con la túnica para defender su pudor, y se arregla el pelo con toda elegancia.

Ninguno ha muerto, y todos van a caer al filo de la espada. Perpetua, con toda libertad, señala el cuello al verdugo: *Aquí, corta aquí...*

Todo parecería una novela, si no tuviéramos los testigos más autorizados. Sólo la Iglesia puede ofrecer unas mujeres como éstas, para gloria de Cristo y admiración del mundo.